

Xunta de Galicia – Casa de Galicia de Madrid
Ciclo «Medicina y Salud»

MEDICINA Y HUMANISMO: UN MÉDICO EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Pedro R. García Barreno

Miñas Donas, meus Señores:

Sexan as miñas primeiras verbas pra agradecer a amable acogida nesta Casa de Galicia po lo seu director don Xosé Ramón Ónega López.

Cando ó meu amigo o Dr. Xosé Manuel Pérez Vázquez organizador diste Gran Ciclo de Conferencias Sanitarias invitoume a participar, sentínme moi honrado e alagado, non ouve dubida. O meu amigo e sabedor do meu afecto po la cultura, tradicións, paisaxes e gastronomía dunha terra chea de dulzor e fermosura.

Sen dubida o tema da conferencia ante vostedes era un novo reto, sendo como sou coñecedor e admirador dos grandes Galenos da Galicia, quens como o Dr. Novoa Santos compaxinaban o gran prestixio profesional cun cultivado humanismo. Iso doume o tema da conferencia, e espero que se cumpran nas miñas verbas ante vostedes o desexo do gran Cunqueiro de namorar a sabiduría, como deixou escrito nas *Tertulias das boticas prodixiosas*:

No niño novo do vento

hay unha pomba dourada; (en las boticas solía ser la imagen del Espíritu Santo, símbolo de la sabiduría)

quen poidera namoralá

meu amigo.

«Cruzan el aire inefables sonos [...]». Tal es el comienzo del canto primero, *España*, de la epopeya *Los Atlantes*, escrita por José Goyanes Capdevilla, coetáneo de quién hoy da apellido a mi Hospital, el General de Madrid. Goyanes Capdevilla, profesor de Cirugía, ha sido, es, el más internacional y polifacético entre los profesionales de la Institución a la que me unen cerca de cincuenta años. En esta Casa de Galicia quiero rendir homenaje a este lucense universal, nacido en la capital de la Ribeira Sacra. También, cálido recuerdo para Elena Quiroga de Abarca quién ocupó el sillón «a» de la RAE, letra que ahora me cobija; y al ya aludido don Álvaro, a quién la Real Academia rindió homenaje pocos meses atrás con motivo del Año del mindoniense Cunqueiro.

Goyanes, en su obra *Excursiones Artísticas por Grecia*, incrusta en el prólogo la sentencia krausinaa: «El profesional tiene el deber de formarse primero como hombre y después como especialista». Soy médico, pero pasaré por alto tal condición. No soy filólogo ni mucho menos lingüista, sin embargo, dedicaré los próximos minutos a reflexionar sobre la lengua. Ello por el poder de la palabra, por el deseo del hombre de no dejarse engañar, de morir por lo que quiere y no por aquello que le hacen creer que quiere a través de las tropelías del lenguaje. Ello, porque el lenguaje es comunicación, es comunidad. «Solo su mundo expresivo, confirmado en la comunidad con los demás, lleva al hombre a una verdadera certidumbre de su propio ser ». De ahí la profunda nobleza del diálogo. Y ello por el valor del lenguaje para la vida del hombre. Tal es *La*

Gran Conversación; un conjunto de obras, que representan el cuerpo de doctrina de la tradición Occidental para nuestra generación. Son nuestra memoria; el catálogo de nuestra civilización. Un humanismo no asociado al movimiento renacentista sino a la *Declaración de Amsterdam* de 2002 que invoca la ética, la relación entre ciencia y arte o la creatividad, la democracia, la responsabilidad o los derechos humanos. El progreso y el progreso en la educación en particular, dependen de la incorporación de las ideas y de las imágenes elaboradas a lo largo de la historia; en la vida diaria de todos nosotros, desde la niñez hasta la ancianidad. Esta interrelación se ha deteriorado; el resultado es el empobrecimiento calamitoso del tono ético, intelectual, cultural, de nuestros días. Pero vayamos por partes.

I

El *Diccionario de Autoridades* —editado durante el primer tercio del siglo xviii— recogió algunos tecnicismos. Sin embargo, ni la ciencia moderna había aún entrado en agujas, ni había nacido la preocupación social por la ciencia y sus efectos, ni tampoco la Academia podía tener la preparación y la homogeneidad suficientes para hacer frente a semejante situación. Por otro lado, la planta misma del *Diccionario* habla de limitaciones al inventario; y así, el prólogo del primer volumen anuncia, para cuando se acabe la obra, un diccionario separado con las voces pertenecientes a «artes liberales y mecánicas», y el del tomo sexto promete la «publicación de una suerte de enciclopedia de artes y ciencias». Habrá que tener en cuenta, en su caso, que comenzó el *Diccionario de Autoridades* cuando finalizaba en España la Guerra de Sucesión, y se culminó la obra medio siglo antes de que Lavoisier estableciera los principios de la nomenclatura química, allá por 1787.

Situación histórica que ha de tenerse presente para enjuiciar críticamente el contenido terminológico científico no solo del *Diccionario de Autoridades* sino de las primeras ediciones del *Diccionario de la lengua española*. Situación que subraya, nuevamente, la necesidad de que las terminologías especializadas y, en particular, la terminología científica vayan acompañadas en todo momento del conocimiento del área de especialización y de su historia. En cualquier caso, comienzan a ser familiares en la realidad de la lengua, a lo largo del siglo xviii, un buen número de neologismos científicos y técnicos que aparecen en obras especializadas, como el *Compendio mathematico*, editado entre 1709 y 1715, de Tomás Vicente Tosca, y el *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes*, que apareció cincuenta años después, de Esteban Terreros y Pando. A lo largo del siglo xix aparecieron voces tales como *geología*, *fósil*, *oxígeno* e *hidrógeno*.

Don Eugenio de la Peña, médico, tomó posesión, en 1807, del sillón “A”. En su discurso de recepción puede leerse: «La pureza y las bellezas de la lengua no son por lo común bienes patrimoniales de los hijos de Esculapio, y las musas no habitan los techos en que se guarece la humanidad enferma [...]. Los lenguajes de las diversas naciones son ricos en voces en aquellas ramas que se han cultivado con preferencia [...]. Resulta con evidencia una verdad triste para nosotros pero que no debe disimularse: que la lengua castellana necesariamente ha de ser pobre en las diversas ramas de la medicina, de la cirugía, de la física, en una palabra, de las ciencias naturales, que entre nosotros apenas se han cultivado hasta estos últimos tiempos. La escasez de las ideas ha debido resultar por necesidad en la pobreza de las voces facultativas [...] ¿Quién es capaz de entender su babilónica jerigonza? [...] ¿Cuántos libros escribieron los pocos facultativos en castellano, si lo hicieron en latín? [...], y en aquellos casos se ocuparon más de las cosas que de las palabras, como si se pudiera separar las ideas de las palabras [...]. Y las traducciones están tan poco cuidadas que lejos de enriquecerla [la lengua] la estropean del modo más despiadado». Ello en los prolegómenos de la Guerra de la Independencia.

En aquellas mismas fechas, Gregory comentaba: «Parecerá sin duda superfluo detenerme en recomendar el estudio y conocimiento de la lengua nacional; pero es muy cierto que muchos Médicos de nota y de verdadero mérito han incurrido en todos los tiempos en graves faltas, que la crítica ha ridiculizado justamente por ignorancia de la lengua, o incorrección en escribirla». Goyanes, en su conferencia con motivo de la «Fiesta del Libro» correspondiente al año 1934 nos recuerda que la sátira contra los médicos y la Medicina es tema sobrado conocido, pero no agotado.

A lo largo del siglo XIX, otros cinco médicos tomaron posesión de sus sillones en la RAE, y todos ellos abordaron sus respectivos discursos de recepción desde la perspectiva del lenguaje: en 1818, García de Arrieta; Mateo Seoane, en 1841, y, ya en la segunda mitad de la centuria, Monlau y Roca, Ramón de Campoamor y Tomás del Corral y Oña. Tras *La Gloriosa*, y restaurada la paz, aunque siempre inestable, pudo alentar el espíritu científico y, esta vez, con su vehículo verbal, con su lenguaje apropiado y digno. La gran madurez intelectual que siguió a la pérdida de los últimos restos del dominio español, que habitualmente se personifica en la generación del 98, depuró, entre otras muchas cosas, el castellano, hasta límites que hoy todavía no apreciamos bien. En aquella del 98 sobresale Cajal, cuyos libros rigurosamente técnicos son, mucho más que los de orden literario, memorables prototipos de retórica científica; su primer libro, *Manual de Histología*, perdurará, en este sentido literario, cuando por virtud del inexorable progreso de las técnicas su contenido científico haya sido superado. A la generación médica de Ramón y Cajal —elegido para ocupar el sillón “I” no llegó a tomar posesión—, de Carlos M^a Cortezo, Amalio Gimeno o Pío Baroja, siguió la de Gregorio Marañón o José Francos Rodríguez —generación del 14 o generación de Ortega— y, a esta, la generación del 27, que acoge a Pedro Laín y a Juan Rof Carballo, quienes retomaron el lenguaje como eje de su discurso de recepción. Pedro Laín hablaría de «patología del lenguaje médico». Luego, Castilla del Pino.

Hay mucho que hacer todavía. Hay, sobre todo, que hacer frente a la inundación de voces extranjeras que suministra el universal empuje creador de la ciencia en todo el mundo y que nos llega con su terminología nueva, groseramente barnizada, por lo común, al adaptarse al castellano. El idioma español de hoy, el que habita en la Península y el esparcido por todo el mundo, ha de considerar la preocupación lingüística como parte esencial de su renovado ensueño de progreso. Todos debemos tener presente la máxima del Rey Sabio: «El seso del hombre, por la palabra se conoce».

II

Epónimos, anglicismos, acrónimos, cenismo... La jerga es, para Lázaro Carreter, «una lengua especial de un grupo social diferenciado, usada por sus hablantes solo en cuanto miembros de ese grupo social. Fuera de él hablan la lengua general». «Las dos características más llamativas del lenguaje médico a cuantos se acercan a él por vez primera son su antigüedad y su riqueza». Respecto a lo primero, muchos de los términos anatómicos y clínicos mencionados en la *Ilíada* conviven, hoy, con los de más reciente adquisición. Como una variedad del lenguaje científico, el lenguaje médico, que ha desarrollado todo un léxico que casi supera el número de palabras del lenguaje común, debe definir con mucha precisión los signos y palabras que utiliza; debe tener carácter «denotativo» o rigor para conseguir una comunicación universal. Debe evitar los barbarismos, que atentan contra la fisiología del lenguaje. Están bien algunas prótesis —neologismos—, pero no está bien alterar su metabolismo, generalmente por traducciones viciosas.

Además, el lenguaje médico debe tener ritmo, pero no excesivo colorido. También conviene evitar el exceso de retórica, el abuso de siglas, los cambios de género, los pleonasmos, las elipsis... y los gerundios. «Si tuviera que señalar algún ejemplo de fijación rutinaria en la lengua especial de los médicos españoles, no dudaría en señalar el abuso del gerundio».

El hecho de que se escriba un texto científico, y no una obra literaria, no quiere decir que no haya que esforzarse por lograr una correcta redacción; «la Medicina no debe estar reñida con la Cultura». Mas, tal vez sea el «encanto de lo foráneo» el gran distorsionador. El *Boletín de la Asociación Médica de Puerto Rico* incluyó en uno de sus números, allá por el año 1977, un artículo titulado *Dígalo en español, or say it in english* Traducimos literalmente del inglés al español, pronunciamos mal las dicciones inglesas, utilizamos términos que son en realidad híbridos lingüísticos. El inglés se usa para dar más énfasis a la expresión; también, porque se ignora el término técnico hispánico, y, más preocupante, puede ser indicio de esnobismo por parte del hablante. Concluimos que esta Babel lingüística –como ya denunciaba De la Peña en 1803– es incomprensible e inoperante, y resulta absurda y ridícula». El cubano Alpízar Castillo escribe: «En español no se necesita incurrir en [estos] desatinos. Nuestro idioma es bien rico léxicamente, y muchos de estos “neologismos imprescindibles” no constituyen más que una muestra de desconocimiento de los términos existentes. En vez de “imprescindibles”, son en realidad “neologismos por ignorancia”. Este fenómeno invasor, claramente rechazable, se está produciendo en el lenguaje científico en general y en la jerga médica en particular. El “spanglish” le gana terreno al español». Concluye Alpízar: «Usufructuamos, con la lengua, una herencia cultural magnífica y un milenio de tradición escrita. Nuestra responsabilidad es preservar este acervo, hacer que se mantenga la unidad que nos permite entender a hombres quienes escribieron sus obras en la misma lengua que usamos día a día». Para cuidarla tal como nos la cuidaron los que desde siglos atrás vienen transmitiendonosla: Juan Ruiz, López de Mendoza, Juan de la Cruz, Cervantes, Calderón, Quevedo, Martínez Ruiz, Echegaray, Unamuno, Benavente, Cajal, Machado, Mistral, Juan Ramón, Neruda, Alexaindre, Paz o Cela.

Sin embargo, la realidad no siempre se ajusta a unos parámetros teóricos predeterminados y el léxico no es una excepción. No hay que olvidar que la lengua pertenece a sus usuarios y que, desde el momento en que un término se sale de su recinto de lenguaje especial e irrumpe en la lengua común, el único dueño de su destino será el hablante común. Hay que tener en cuenta, además, que el léxico científico y técnico evoluciona con enorme rapidez, apremiado por los avances que continuamente experimenta este campo. Estas circunstancias, junto a la consolidación del inglés como lengua aglutinante, y especialmente en el ámbito científico, favorecen la proliferación de neologismos procedentes en su mayoría de la cultura anglosajona. Por otro lado, si desde la revolución científica, hace varios siglos, la repercusión económica y social de la ciencia y, por tanto, de su terminología constituyen un soporte del Estado, a nadie puede extrañar la posición excepcional de la autonomía de la ciencia en el conjunto de la cultura universal: *bión, bionicman, ciborg, espurnosoma, háptica, holómero, medicina nintendo, nanodocs, quirobótica, somatografía...* Nuevas palabras acuñadas por una innovación en la que apenas participamos. Mi discurso de recepción en la RAE tiene por título: *De Calderón y Cibercirugía*.

III

A pesar del éxito espectacular de la medicina científica, numerosos problemas con los que se enfrenta el médico no tienen soluciones técnicas, científicas. La mayoría de las preguntas antes apuntadas son de esta clase; son cuestiones legales, éticas o morales. Exigen, más que un

conocimiento formal, otro filosófico; una experiencia tradicionalmente relacionada con la literatura, con el arte. Con demasiada frecuencia el profesional bien entrenado no está bien educado. Esta alienación es el precio que pagan los médicos por su ilustración científica y su capacitación tecnológica. Si reconocemos las falsas bifurcaciones y la idolatría del cientifismo, la literatura o el arte pueden ser una ayuda eficaz a la hora de buscar soluciones que afectan directamente a nuestra condición humana y el espacio para imaginar cómo encontrarlas. La imaginación nos libera de lo inmediato y nos permite encarar lo desconocido.

La separación entre las artes y las ciencias es más una conveniencia que una necesidad. En la cultura Occidental – y de manera más aparente en las civilizaciones Orientales - arte, ciencia y tecnología han formado siempre un todo integrado; cada una de ellas ha fructificado a partir de conceptos paralelos y de un impulso, común y activo, de creación. Las artes y las ciencias han influido unas en otras, recíprocamente, a través de los tiempos. La belleza ha calado en el entramado de las teorías científicas y en el diseño de las máquinas, y los artistas han incorporado las ideas científicas y los avances tecnológicos en sus procesos creativos. Este diálogo tácito entre arte, artesanía, ciencia y tecnología (ingeniería) existe porque esas cuatro actividades han florecido, en términos generales, a la vez. En Occidente, las grandes épocas de descubrimientos científicos y de creaciones artísticas pertenecen a la Grecia Clásica —la de Pericles—, al humanismo renacentista, al Ilustrado Barroco y a la transición del siglo XIX al siglo XX.

Uno de los tutores de un ya clásico curso en la Universidad de Chicago, *Física para poetas*, pregunta: « ¿qué puede decir un físico a un poeta? ». Primero y ante todo que los científicos o la mayor parte de ellos practican su oficio porque piensan que es divertido; y que lo que lo hace divertido puede resumirse en una palabra: maravilloso, sorprendente. Esto es el puente entre las ciencias y las artes, y es, además, la parte fundamental del ser humano.

Existen en arquitectura unas estructuras denominadas tensegridales que son mecánicamente estables; ello no por la resistencia de sus componentes sino porque la estructura global distribuye y compensa el estrés mecánico. Tales estructuras pertenecen a dos categorías. Una es la originalmente diseñada en el estudio de R. B. Fuller: la cúpula geodésica —el ejemplo paradigmático es el pabellón de EE. UU. en la Exposición Universal de Montreal de 1967— que, en su versión extrema, cerrada, corresponde, en términos vulgares, a un balón de fútbol . Las cúpulas geodésicas se construyen mediante el ensamblaje de elementos básicos rígidos —triángulos, pentágonos o hexágonos, según se formen poliedros arquimedianos o catalánicos— que, en el continuo estructural, soportan indistintamente tensión o compresión La segunda categoría de las estructuras que nos ocupan se debe al escultor Kenneth Snelson. En las elegantes esculturas de Snelson los elementos estructurales que soportan tensión —elementos elásticos— son distintos a los que resisten compresión —elementos rígidos—. Las estructuras tensegridales de ambas categorías comparten un hecho crítico: la tensión se transmite constantemente a todos los miembros de la estructura. Arquitectura y escultura tienen fiel reflejo en el mundo natural, en el que un conjunto de reglas de construcción universales guían el diseño de las estructuras orgánicas, desde simples moléculas de carbono hasta complejas células y tejidos. La cápside viral, el citoesqueleto, un grano de polen o el cuello de una jirafa, son bellas estructuras arquitectónicas tensegridales.

Pensar la ciencia y la tecnología en términos estéticos, intentar englobar en una visión unitaria las ciencias y las artes es una actitud científica. La ciencia tiende a lo universal. El propósito último de la física es una gran teoría unificada de las cuatro fuerzas conocidas —electromagnética, débil,

fuerte y gravitatoria: una teoría de la totalidad. Lo que une las artes y las ciencias es más importante que lo que las separa. Los artistas son también conscientes de esa mutua identificación; el escultor Naum Gabo Pevsner fue más lejos al decir que «todas las construcciones de nuestra conciencia, sean científicas, filosóficas o técnicas, no son sino ideas artísticas disfrazadas como formas específicas de sus disciplinas particulares».

El diálogo entre las artes y las ciencias puede ser un instrumento contundente de comunicación entre las fronteras o interfases clásicas universidad-sociedad o industria-sociedad. Con la puesta en escena de la nueva física —relatividad y mecánica cuántica— la capacidad de visualización conceptual se esfumó. ¿Cómo pensar en un universo de cuatro dimensiones en un espacio tridimensional?; ¿cómo comprender los misteriosos dualismos del tipo y/o (como onda-y-partícula: (teorías ondulatoria y corpuscular de la luz), o posición-o-velocidad (principio de incertidumbre o de indeterminación)? Debe recordarse que el pensamiento y la cultura Orientales son mucho más dúctiles para las paradojas de la nueva física. En 1997, John C Polanyi —compartió el premio Nobel de Química en 1986 por sus contribuciones al estudio de la dinámica de los procesos químicos elementales—, en una reunión de laureados con el Premio dijo que «la ciencia como la política conviven con paradojas y temen los cambios». Para Polanyi, el concepto «una materia, dos descripciones» —partícula y onda— no era más que un paso hacia un conocimiento superior. La puerta permanece abierta a nuevos descubrimientos.

La ciencia puede ser comunicada a través del arte y, por su parte, los sentimientos estéticos pueden expresarse a través de la ciencia. La enseñanza de la ciencia y de la ingeniería se enriquece, indudablemente, mediante referencias cruzadas a logros similares en las artes. Ello fue reconocido por Jacob Bronowski quién sentenció que «la llave del lego a la ciencia es su unidad con las artes». La pintura se ha considerado tradicionalmente como un arte de espacio, habiéndose también utilizado para explorar sus propiedades. El descubrimiento de la perspectiva lineal por León Bautista Alberti condujo a la introducción de la tercera dimensión en el lienzo; perspectiva que produce una clara distinción entre el observador y el mundo observado. Con Isaac Newton y su mecánica el espacio quedó establecido como absoluto e inviolable, y el tiempo condenado a fluir en una sola dirección. Al contrario, el arte oriental no se interesó por crear la ilusión de profundidad sino que trató el espacio como una conexión entre los motivos pictóricos. De la comparación entre la perspectiva lineal desarrollada en Occidente y la ambigüedad de las relaciones espaciales planteada por los artistas orientales, surge la idea de la relatividad espacial y de la dualidad entre el observador y lo observado que subyacen en el principio de relatividad.

En el proceso de observación, el observador y lo observado se transforman. Algo parecido sucede con *Alicia en el país de las maravillas*, publicada en 1865 y *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*, editada media docena de años después, en las que espacio y tiempo pueden llegar a ser una y la misma cosa. Su autor, Lewis Carroll, pseudónimo de Charles Lutwidge Dodgson y creador de Alicia, fue profesor de matemáticas en el *Christ Church* de Oxford. Habría que esperar treinta años, hasta 1905, para la publicación de Albert Einstein *Sobre la electrodinámica de los cuerpos en movimiento*, donde introdujo la teoría general de la relatividad.

La influencia einsteniana revolucionó la ciencia y, a partir de la Primera Guerra Mundial, cautivó al gran público e influyó en las letras y en las artes. Charles Howard Hinton, empleado en la Oficina de Patentes de Chicago como Einstein lo había sido en la de Berna, escribió el libro *Una nueva era del pensamiento*, donde introdujo nuevas palabras —*kata*, del griego abajo, y *ana*, arriba— para describir las direcciones opuestas en la cuarta dimensión; Edwin A. Abbot editó su *Flatland*,

un «romance multidimensional»; el título de las *Charles Eliot Norton Lectures*, en Harvard, fue *Espacio, Tiempo y Arquitectura*, y en París se publicaba el *Manifeste Dimensioniste* redactado por Charles Sirato y firmado, entre otros, por Joan Miró, Hans Arp, Marcel Duchamp y Vasili Kandinsky: la conquista total del arte en el espacio tetradimensional.

Sin embargo, como escribió el pintor Tony Robbin: «los artistas que nos interesamos por la cuarta dimensión espacial no estamos motivados por un deseo de ilustrar nuevas teorías físicas, ni por el deseo de resolver problemas matemáticos. Estamos motivados por un deseo de completar nuestras experiencias subjetivas inventando nuevos conceptos y nuevas posibilidades estéticas. No nos sorprende, sin embargo, saber que físicos y matemáticos trabajan a la vez en una sutil metáfora para el espacio en la que paradójicas experiencias tridimensionales sólo pueden resolverse en un espacio tetradimensional. El conocimiento de la historia de la cultura nos muestra que en el desarrollo de nuevas metáforas espaciales, artistas, físicos y matemáticos han ido siempre al paso». Fascinado por la geometría de la cuarta dimensión, Robbin publicó, años después *Shadows of Reality*.

Desde el lado de la ciencia, Subrahmanyam Chandrasekhar, Premio Nobel de Física en 1983 por sus estudios teóricos sobre la estructura y la evolución de las estrellas) recalca que «todos somos sensibles a la belleza de la Naturaleza. No se cuestiona que algunos aspectos de esta belleza se comparten por las ciencias naturales. Pero puede preguntarse hasta qué punto la búsqueda de la belleza es un objetivo en la carrera de la ciencia». En este aspecto Jules Henri Poincaré es tajante. En uno de sus ensayos comenta: «El Científico no estudia la naturaleza porque sea útil hacerlo. Lo hace porque siente placer en ello, y lo siente porque es bella. Si la naturaleza no fuera bella no valdría la pena conocerla y la vida no merecería ser vivida [...] Me refiero a la belleza íntima que surge del orden armonioso de sus partes y que una inteligencia pura puede desentrañar». La misma belleza intrínseca de los fractales de Mandelbrot, números complejos formados por números reales e imaginarios.

La belleza puede ser un criterio para juzgar la certeza científica; aunque lo que la ciencia enseña es la duda razonable de cualquier evidencia. Cuando en 1985 Harold W Kroto y Richard E Smalley enviaron su trabajo sobre la estructura de una «nueva» forma del carbono (C60) para su publicación en *Nature*, carecían de la evidencia científica que probara que la nueva estructura fuera similar a un balón de fútbol. Pero la solución propuesta era tan bella que debería ser cierta, como años más tarde se comprobó. Los autores denominaron a la estructura sugerida «buckminsterfullereno» (fullereno) en homenaje al ya mencionado y gran visionario de la arquitectura y de la ingeniería Richard Buckminster Fuller. Lo extraordinario es que *Nature*, una de las revistas científicas más prestigiosas del mundo, aceptó el artículo para su publicación sobre una base estética más que científica. Y no es el único caso. Los ingenieros a menudo buscan la solución más bella porque, normalmente, suele ser la más económica; algunos puentes, por ejemplo, son auténticas obras de arte.

IV

En la biblioteca de la Real Academia de la Historia se conserva manuscrito un *Regimiento de Príncipes*, anónimo, compuesto por un *sacerdote de poca estima*, dedicado a un *muy esclarecido príncipe*, y cuyo propósito es reformar, regir, y gobernar, el *reino de la Verdad*; allá por 1560: «*Dos viajeros llegan a la capital del reino, la ciudad de Oníbona; el rey Prudencio les describe el Estado, y les lleva, directamente, a la biblioteca; allí se guardan 12 libros. Diez recogen*

el saber; los otros dos, que se ocupan de los problemas de la educación, forman un sistema completo y racional».

Occidente estableció, de manera incuestionable, que el camino hacia la educación transcurre a través de los grandes libros. Ningún ciudadano está correctamente educado, si no ha intimado con las obras maestras de su tradición. Nunca hubo dudas sobre cuáles eran esas piezas maestras; son los libros que han permanecido incuestionados, y que la voz ilustrada de la civilización, etiqueta como los productos escritos más exquisitos de la mentalidad occidental. En el curso de la historia, época tras época, nuevos libros se ganan un lugar en el catálogo; cada generación consolida algunos, y rechaza otros tantos. Los libros, ya sea en forma del *Quijote* o el *ABC de la Relatividad*, o revistas como *Litoral* o *Science*, son el medio de comprender nuestra sociedad. No hay depositario similar de nuestra tradición y conocimiento. Para poner fin al espíritu de libertad intelectual que viene caracterizando al Occidente, no es necesario quemar libros, basta con dejar de leer. Al contrario, la lectura, la consulta de los originales, proporciona el basamento de la creatividad. Los libros contienen no solo la tradición, sino que son su gran exponente; muchos son, en sí mismos, modelo de las artes liberales, lo que Whitehead llamó *la visión habitual de la grandeza*.

Los libros son esenciales en la educación y formación. Educación que el hombre adquiere como fin en sí mismo. Educación que busca la excelencia humana, privada y pública, como hombre y como ciudadano. La educación del hombre libre; la capacidad de reconocer problemas básicos, la comprensión de las ideas. Es avanzar mediante nuevas preguntas. Es la preocupación constante por el futuro.

«La fertilidad y la salud tienen entre sus pilares preferentes los cruzamientos entre individuos de distinto origen [...]. Por esto, ya en la recta final, paso a elogiar el mestizaje, pero entendido según la tercera de las acepciones de nuestro Diccionario, aquella que reza: “Mestizaje: mezcla de culturas distintas, que da origen a una nueva”». Debo destacar «lo mucho que la ciencia ha recibido y puede recibir del mestizaje, de la mezcla de culturas, de los cruces de caminos». En mi caso, la medicina, los estudios literarios han mostrado con creces que pueden prestar ayuda para comprender la multidimensionalidad de la práctica clínica. Para tomar las decisiones casi imposibles. La amplitud de perspectivas es el *sine qua non* para elegir y decidir. La literatura está en condiciones óptimas para mostrar la realidad humana de la medicina. Lejos de la artificialidad, la conjunción de literatura y medicina es natural e incluso esencial. Esencial y provechoso para la historia de la medicina.

Un documento literario no tendrá nunca el valor de exactitud de un código científico, pero, por estar inspirado en la directa observación de la realidad, proporciona el subsuelo histórico sobre el que, en cada época, arraigó la medicina científica. Nunca será posible llegar al total conocimiento de la medicina en un periodo determinado, si se prescinde de los documentos literarios. El estudio comparado de los datos incrustados en la obra de Francisco de Rojas y los que nos proporcionan los escritos médicos del tiempo pueden iluminarnos acerca del estado de la pseudociencia médica de los curanderos, en oposición a la sabihonda medicina de los médicos del siglo xv. Por su parte, Cervantes y Shakespeare —el «neurólogo de Avon»— nos ilustran en sus obras acerca del estado de la medicina española e inglesa del siglo xvii; como Dostoevski nos proporciona un estudio de la medicina rusa de su tiempo. Y esencial y provechoso para recordar que la tecnología y la especialización han arrollado la tradición humanística de la medicina. Recuperar el interés por

la literatura puede ser el comienzo de una clase de microrrenacimiento; y como cualquier renacimiento, el proceso implica redescubrimiento; descubrir lo que nunca debió olvidarse

La influencia de la medicina sobre la literatura tiene su máximo exponente durante el siglo XIX. Con anterioridad, la enfermedad aparece como un predicamento ontológico fundamental, tal es el caso de don Quijote, o es un hecho puntual que define una determinada conducta moral, como en el *Werther* de Goethe. En ningún caso los novelistas adoptan lo que pudiera considerarse un punto de vista médico consistente de sus caracteres; ello es, que la enfermedad fuera el eje de la narración. *Las amistades peligrosas*, que Choderlos de Laclos hizo pública en 1782, termina con una cascada de calamidades. Lo que cambia entre Laclos —realista de la primera época— y Zola —realista extremo o naturalista— es el valor del detalle clínico. Lo que para Laclos está suficientemente definido con la frase «desfigurada —Mme. de Merteuil, a causa de viruelas—, por la pérdida de un ojo», exige a Zola una exhaustiva descripción del proceso desfigurador. Tras el realismo utópico de Honorato de Balzac en *Le médecin de campagne* —un trabajo secundario en su labor—, una novela sobre la vocación profesional, las dos obras paradigmáticas del realismo decimonónico son *Madame Bovary* o la medicalización de la realidad, de Gustave Flaubert, en 1857, y *Middlemarch* o el organicismo médico, de George Eliot, quince años después.

El impacto de las obras de Zola, traducidas al castellano a partir de 1880, enlazó con la irrupción del positivismo y el darwinismo en España. Clarín, Galdós —*La desheredada*— y Emilia Pardo Bazán —*La Cuestión Palpitante* o *La Madre Naturaleza*— fueron los abanderados del naturalismo en España. De esta forma, las nuevas corrientes científicas y de pensamiento (darwinismo, antropología criminal e higienismo) tuvieron en el naturalismo literario su correlato. Prostitutas, mendigos, delincuentes y marginados poblaron las ciudades y la propia literatura se hizo eco de esta situación. Médicos comprometidos con la salud pública y antropólogos criminalistas, influenciados por el fisiologismo positivista, se ocuparon de esta situación, tratando de dar una explicación y de aportar soluciones al problema; ello a través de una explicación de naturaleza biológica y hereditaria de las conductas desviadas de las *gentes de mal vivir*. Se midieron cráneos, se establecieron tipologías anatómicas, se realizaron encuestas en hospitales, manicomios y prisiones. En última instancia, se pretendía explicar, desde parámetros fisiologistas de un marcado carácter determinista, un problema fundamentalmente social. Los médicos *higienistas*, científicamente imbuidos de estas concepciones, dieron a su labor y a sus escritos un mayor contenido social.

El declinar del realismo clínico —la medicina pasa de ser una ciencia con autoridad a otra auxiliar, y de ocupar una posición social dominante a otra subordinada— tuvo importantes ramificaciones culturales, incluyendo una ola de antagonismos contra la medicina y sus profesionales. Emergió un contradiscurso modernista que se deja sentir en *The doctor's dilemma*, de George Bernard Shaw, y en *The Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde*, de Robert L. Stevenson, que desembocaría en los modernismos anticlínicos; uno de ellos ejemplificado en el trabajo de Virginia Woolf y de James Joyce, otro por Marcel Proust y Gide, incluso un tercero por Kafka.

Existe, a partir de la década de los ochenta, un interés creciente por las artes y la literatura en medicina. En las últimas tres décadas, tales afinidades entre medicina y literatura se han explotado en pedagogía médica. En las facultades de medicina los cursos de literatura persiguen varios objetivos: enseñar empatía con el enfermo, escudriñar las peculiaridades de la vida médica y del papel del médico en la sociedad y en la cultura, desentrañar los dilemas de la ética médica y mejorar el uso de las formas narrativas en la realización del historial clínico. Tales usos médicos

de la literatura ayudan a atemperar el avasallamiento tecnológico al que los médicos científicamente entrenados parecen ser especialmente susceptibles. La inclusión de las humanidades presupone un concepto particular de educación que tiene mucho que ver con la clase de médico que la sociedad requiere. El enfermo quiere un médico educado; alguien que no solo tenga habilidades clínicas, conocimiento y experiencia, sino también que aprecie a cada paciente como un ser humano que piensa y siente, y que ayude a explicar y a comprender la enfermedad y el sufrimiento. La educación es más que entrenamiento.

Los médicos invierten media vida en medio de la narrativa: escuchan historias, interpretan relatos, observan gestos, descifran síntomas, atribuyen causas, sugieren tratamientos y avanzan pronósticos. En todos los casos «somos criaturas —dice Italo Calvino— inmersas en un océano de palabras». En un libro ya clásico en el tema, Enid Peschel nos ofrece las reflexiones sobre las alabanzas y las críticas de las afinidades entre medicina y literatura. En los ensayos allí recogidos se ofrece una variedad de puntos de vista sobre el amplio rango de las conjunciones entre el arte de escribir y el arte clínico. Se examinan la visión especial de médicos que ocuparon gran parte de su tiempo en la literatura, como William Carlos Williams y Richard Salzer; las descripciones del envejecimiento o de la enfermedad, hechas por escritores creativos como García Márquez, Thomas Mann o Marcel Proust; la imagen del médico en Albert Camus, Louis Ferdinand Céline, Roger Martin du Gard y Gustave Flaubert, o los poderes curativos del lenguaje en los ensayos de Geoffrey H. Hartman y Gian-Paolo Biasin.

Ningún escrito médico —historia clínica o informe— evoca la experiencia de la enfermedad con la intensidad conseguida, por ejemplo, en las descripciones de Homero de las laceraciones y secuelas de las heridas infligidas por lanzas y flechas en la *Ilíada*, o de una herida abdominal abierta en el *Martín Fierro*. De la confusión entre demencia y genio en el cerebro de *Adrian Leverkühn*, de Thomas Mann, de la sensación placentera provocada por una enfermedad moderada en *On Being Ill*, de Virginia Woolf, o de las indignidades sufridas por el agónico *Ivan Illich* en las manos de sus paternalísticos doctores. ¿Existe mejor manera de ayudar a que los estudiantes sientan las satisfacciones, las dificultades, las manías y los fracasos del quehacer médico que a través de las descripciones de la especie *Homo medicus*? Pocos retratos de seres humanos son tan mordaces como aquellos de los médicos en los *Epigramas* de Marco Valerio Marcial, en las cartas de Petrarca, en *El dilema del doctor*, de Bernard Shaw, o en *Wonderland*, de Joyce Carol Oates. Por otro lado, pocas personas han sido retratadas con más compasión que el doctor Tertius Lydgate, en *Middlemarch*, de George Eliot, el doctor Bénssais, en *El médico rural*, de Balzac, o el doctor Joaquín Monegro, en *Abel Sánchez*, de don Miguel de Unamuno.

Es fácil olvidar que la principal herramienta diagnóstica, a pesar de la avalancha de técnicas electrónicas, químicas y radiológicas, sigue siendo la historia clínica. Esa historia es, en sí misma, una narración compleja, personal, abigarrada, de un episodio en la vida de una persona. En un libro de texto de una de las asignaturas básicas para la formación médica en la Universidad Líder en los EE. UU., puede leerse: «La correcta elaboración de la historia clínica es un requisito indispensable para los clínicos»; y continúa: «la relación médico-paciente es parte esencial de la atención médica y está en íntima relación con el grado de satisfacción del paciente».

Los hospitales —y yo ejerzo en uno de ellos, en uno que tiene una historia de va para los quinientos años— son escenarios de las principales transiciones vitales: nacimiento, muerte e incidentes críticos entre medias. Las historias que en ellos emergen son significativas y reveladoras no solo para los pacientes que las relatan, sino también para la comprensión general

de la naturaleza humana. Irónicamente, tales relatos casi nunca se escuchan. Las razones no son simplemente la naturaleza impersonal de aquellas instituciones, o la estructura actual de la práctica médica, que hace que los doctores se distancien de sus pacientes. Aunque esos factores son importantes, las historias que se cuentan en los hospitales se pierden por una devaluación más general del acto narrativo —o cuentacuentos— como un modo de autoconciencia. La historia médica se basa en un punto de vista biomédico de la realidad; acepta que, para conocer y tratar la enfermedad, los hechos orgánicos son los más básicos, «reales» y clínicamente significativos; aquellos a los que merece la pena prestar atención. La historia clínica transforma el padecimiento del enfermo en enfermedad. Al contrario, el relato del paciente se refiere a su padecimiento. Y debemos aceptar que los aspectos educativos, sociales, culturales, ocupacionales o religiosos son, en ocasiones, tan importantes para el paciente como su padecer. Cuando nuestros estudiantes, y nosotros primero, hayan aprendido a aproximarse a las historias clínicas que escriben y leen desde una perspectiva literaria responsable, su conocimiento de los pacientes y de sus enfermedades habrá crecido en paralelo, en detalle y en profundidad. En cuanto que un valor añadido para los médicos, que es también una plusvalía para el paciente, esa formación humanística les incrementará su autoestima. Al ser mejores lectores, serán mejores médicos.

Concluyo como inicié mi intervención: nadie puede dudar que «la lectura de las grandes obras es similar a una conversación mantenida con las gentes más honestas del pasado, que han sido sus autores y, a la vez, una conversación minuciosa en la que nos dan a conocer únicamente lo más selecto de sus pensamientos»; «el espíritu en su letra». La tradición occidental está encarnada en esa *gran conversación*, que comenzó en los albores de la Historia y que hoy continúa. Una civilización que debería, por ello, ser la *civilización del diálogo*, y su espíritu, la curiosidad, la pregunta. Nada debe permanecer incuestionado, ni dejarse sin examen propuesta alguna. Solo el intercambio de ideas servirá de abono para cosechar el progreso, que no es tener más, sino ser mejores; «de ahí la profunda nobleza del diálogo». Los libros, su lectura, representan nuestras raíces; raigambre dependiente, en cada uno de nosotros, de las circunstancias en que se desarrollan nuestras vidas. La de mi entorno más próximo centrada, en gran parte, en el ámbito de la ciencia experimental, cuyo auge no distrae el tono de la gran conversación; la ciencia experimental es parte del diálogo, del *canon*. Nuestra ciencia y la medicina en ella se basa es parte de nuestro humanismo, como la ciencia en tiempos de Pericles fue parte de la cultura griega.

Gracias. Paz y Bien.